

co de Sales. Estos y otros excelentes libros que han salido de las prensas de esa sociedad, nada dejan que desear por lo tocante á la ejecucion.

La obra del P. Ligni, enriquecida por el dibujo, debe recibir aun otro adorno no menos precioso; Mr. de Bonald se ha encargado de escribir el prólogo: el nombre de ese escritor, es garantía de talento y de ilustracion, é impone respeto y aprecio. ¿Quién mejor puede hablar de las leyes y de los preceptos de Jesucristo que el autor del *Divorcio*, de la *Legislacion primitiva* y de la *Teoria del poder político y religioso*?

No lo dudemos: ese culto *insensato*, esa *locura* de la Cruz, cuya próxima caída nos anunciaba una soberbia sabiduría, va á renacer con nuevo vigor; la palma de la religion crece siempre en proporcion del llanto que derraman los cristianos, cual suele la yerba del campo reverdecer en un terreno recientemente humedecido. Insigne error era el creer, que el Evangelio estaba destruido, porque á los dichosos del mundo, no les placia defenderlo. El poder del cristianismo está en la cabaña del pobre, y su base es tan duradera como la miseria humana en que se apoya. «La Iglesia, dice Bossuet en un pasaje que podría creerse producido por la ternura de Fenelon, sino presentase un tono mas original y elevado, la Iglesia es hija del Omnipotente; pero su padre, que la sostiene en lo interior, la abandona con frecuencia á las persecuciones, y á imitacion de Jesucristo se ve en su agonía obligada á exclamar: *¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me has abandonado?* (1) Su esposo es el mas perfecto (2) de todos los hijos de los hombres; mas ella no ha oido su agradable voz ni gozado de su dulce y deseada presencia sino un solo instante (3). De repente se alejó de ella con rapido curso; y mas ligero que el cachorro de la cierva, trepó sobre las mas altas montañas (4). Semejante á una esposa desolada, la Iglesia no hace mas que llorar, y el gemido de la *tórtola* abandonada está siempre en su boca (5). Finalmente, es como extranjera y errante sobre el mundo á donde viene á recoger bajo sus alas los hijos de Dios; y el mundo que hace esfuerzos para arrebatárselos, no cesa de oponer contrariedades á su peregrinacion (6).»

Puede oponerle contrariedades á su peregrinacion; pero no impedir que la verifique. Si el autor de este artículo no hubiese estado anteriormente penetrado de esta verdad, acabaria de convencerse de ella por la escena que actualmente está pasando á su vista (7). ¿Cuál es ese poder extraordinario que hace pasar esos cien mil cristianos sobre las ruinas? ¿Por qué prodigio vuelve la cruz á aparecer triunfante en esa misma ciudad donde hace algun tiempo el horrible sarcasmo, la arrastraba por el cieno ó la sangre? ¿De dónde renace esa solemnidad proscripta? ¿Qué canto de misericordia ha reemplazado tan súbitamente el estrépito del cañon y al grito de dolor de los cristianos ametrallados? ¿Son los padres, los hermanos y los hi-

(1) Deus meus, Deus meus. ¿ut quid dereliquisti me?
(2) Speciosus forma me filiis hominum. (Psal. XLIV, 5.)
(3) Amicus autem sponsi, qui stat, et audit eum, gaudet propter vocem sponsi. (Joan. III, 29.)
(4) Fuge, dilecte mihi, et assimilare capreae hinnoloque cervorum super montes aromatatum. (Cant. VIII, 14.)
(5) Vox turturis audita est in terra nostra. (Cant. II, 12.)
(6) Oracion fúnebre de M. Le-Tellier.
(7) M. de Chateaubriand escribió este pasaje en Lyon durante las solemnidades religiosas del *Corpus*.

jos de esas víctimas los que ruegan á Dios por los enemigos de la fe, los que se ven de rodillas por todas partes en las ventanas de esas casas medio derruidas, y sobre los montones de piedras donde aun humea la sangre de los mártires? Las colinas cargadas de monasterios no menos religiosas, por hallarse desiertas; esos dos rios, á donde con tanta frecuencia ha sido arrojada la ceniza de los confesores de Cristo; todos esos lugares consagrados por los primeros pasos del cristianismo en las Galias; esa gruta de San Pothin, esas catacumbas de San Irineo no han visto mayores milagros que el que se está consumando en este momento. Si en 1793, en medio de los ametrallamientos de Lyon, cuando se derribaban los templos y se degollaban los sacerdotes; cuando por las calles paseaban un asno cargado con los ornamentos sacerdotales; cuando el verdugo, armado del hacha proclamaba aquella digna pompa de la razon, si un hombre entonces hubiera dicho: «Antes que pasen diez años, un príncipe de la Iglesia, un arzobispo de Lion llevará públicamente el Santísimo Sacramento por esos mismos sitios, será acompañado de un numeroso clero, seguido de jóvenes vestidas de blanco, y de hombres de todas edades y profesiones que procesionarán y seguirán la pompa con flores y luces, y en ella figurarán para protegerla esos mismos soldados que ahora desencaminados por la seducción, se manifiestan tan enemigos del culto;» si un hombre, volviéramos á repetir, hubiéramos hablado de este modo, habria sido tenido por visionario, y sin embargo, no habria dicho toda la verdad. La víspera de esta solemnidad, mas de diez mil cristianos han querido recibir el sello de la fe. El digno prelado de esta gran municipalidad, ha aparecido, como San Pablo, en medio de una inmensa multitud que le pedia un sacramento tan precioso en los dias de calamidad, puesto que le inspiró fuerzas para confesar el Evangelio. Aun hay mas: la iglesia se ha reforzado con nuevos Altas; se han ordenado nuevos diáconos, y se han consagrado nuevos sacerdotes. ¿Dónde estarán los beneficios que les esperan, ó los honores que pueden indemnizarlos de los trabajos que exige su ministerio? Una mezquina pensión alimenticia, algun presbiterio medio arruinado, ó una oscura morada fruto de la caridad de los fieles, hé ahí todo lo que pueden prometerse, sin contar con las calumnias, delaciones y disgustos de toda especie. Digámoslo de una vez; si un hombre, que hoy todo lo puede, retirase la mano protectora, mañana el filosofismo haria caer la cabeza de los sacerdotes bajo la cuchilla de la *tolerancia*, y volveria á abrir para ellos los filantrópicos desiertos de la Guyana. ¡Ah! cuando esos hijos de Aarón se han prosternado con la frente en tierra, cuando el arzobispo en pie delante del altar, y extendiendo sus manos sobre los nuevos Levitas ha dicho: *Accipe jugum Domini*, la fuerza de estas palabras ha penetrado todos los corazones y llenado de lágrimas todos los ojos: ellos han aceptado ese *yugo del Señor*, y lo encontrarán tanto mas ligero (*onus ejus leve*) cuanto mas pesado traten de hacérselo los hombres. De manera, que á pesar de las predicciones de los oráculos del siglo, á despecho de los progresos del espíritu humano, la Iglesia crece y se perpetúa con arreglo al oráculo ináltable del que la ha fundado, y por muy violentas que sean las tempestades que todavia tengan que estallar, la Iglesia triunfará de las *luces* de los solistas, asi como triunfó de las tinieblas de los bárbaros.

BEATTIE.

Junio 18 1.

El genio escocés ha sostenido con honor en este último siglo una literatura que los Pope, los Addison, los Steele y los Rowe habian elevado á un alto grado de gloria. No tiene Inglaterra historiadores que se aventajen á Hume, ó á Robertson, ni poetas mas fecundos ni amables que Thomson y Beattie. Este último que nunca ha llegado á bajar de su desierto, simple sacerdote y profesor de filosofía en una pequeña poblacion del Norte de Escocia, ha dado á conocer canciones de un género interesante, nuevo, arrancando á su lira tonos algo parecidos á los del harpa de un bardo. Su principal, ó por decirlo asi su única obra, es un pequeño poema intitulado *Minstrel* ó los *Progresos del genio*. Beattie se propuso pintar los efectos de la inspiracion poética en un joven pastor montañés, y describir las emociones que acasó el autor personalmente habia sentido. La idea primitiva de ese poema es hermosa, y la mayor parte de los detalles muy agradables. Toda la composicion está escrita en estancias rimadas como las antiguas baladas escocesas, y esto contribuye á aumentar su originalidad, sin que por eso podamos menos de decir, que en ella, asi como en todos los autores extranjeros, se encuentra alguna pesadez y rasgos de no muy buen gusto. El doctor Beattie se complace en extenderse sobre pasajes comunes de la moral, y no siempre consigue darles algun aire de novedad. Generalmente los hombres de una imaginacion brillante y tierna, y poco vigor en el raciocinio. Para dar á luz grandes ideas, es preciso tener pasiones volcánicas, ó una inspiracion de elevado temple. Hay una cierta calma de corazon, y una dulzura de imaginacion, que al parecer excluyen lo sublime.

Un poema como este no es susceptible de análisis. Por consiguiente, doy á continuacion el primer canto de esa amable composicion, suprimiendo de ella pasajes que la delicadeza francesa no podria soportar. Prefiero hacer resaltar las bellezas de un libro mas bien que enumerar curiosamente sus defectos; me es mas grato engrandecer al hombre ante el hombre, que rebajarlo á sus propios ojos. Por otra parte, mas se instruye por medio de la admiracion, que inspirando tedio, porque aquella revela la presencia del número, y este otro se limita á poner de relieve faltas que todo el mundo puede ver. En la armonía de los cielos, y no en algunas irregularidades de la naturaleza es donde mas visiblemente campea el poder de la divinidad.

EL MINSTREL,

Ó PROGRESOS DEL GENIO.

¡Ah! ¿Quién podrá decir lo difícil que es el subir á la cumbre donde brilla á lo lejos el templo de la gloria? ¿Quién podrá decir cuántos genios suprimidos han sufrido el influjo de una estrella funesta? Rechazados por los ultrajes del orgullo y por los desdenes de la envidia, detenidos por la insuperable barrera de la indigencia, han andado algun tiempo lánguidamente vagando por los oscuros senderos de la vida; y por último han descendido á la tumba sin ser conocidos, sin ser llorados.

Y sin embargo, los abatimientos de una existencia sin gloria, no son igualmente abrumadores para todos los hombres. Aquel que jamás prestó oídos á la voz de la alabanza, no se quejará nunca del silencio del olvido. Hay algunos, que siendo indiferentes á los gritos de la ambicion, se estremecerian al oír la trompa de la fama. Dichoso se creia aquel, cuya sencilla vida está trazada en estos versos sin arte, con la salud, el bienestar y la paz que gozaba: sus deseos no se elevaban á mayor altura.

Si quisiese invocar á una sabia musa, mis artísticas consonancias dirian cuál fue allá en los tiempos antiguos el destino del bardo: lo pintaria animado de un corazon contento bajo sencillos vestidos: veríase su cabellera flotante, su barba encanecida, y de sus encorvadas espaldas penderia la harpa modesta, única compañera de su peregrinacion, respondiendo á los suspiros de las brisas: el anciano, al marchar, iria cantando á media voz alguna alegre letrilla.

Pero un pobre *minstrel* es el que inspira hoy mis versos. No os admireis, mortales orgullosos, de que yo le consagre mis acentos. Las Musas desprecian la sonrisa insultante de la fortuna, y no doblan la rodilla ante el ídolo de las grandezas.

Si las montañas del Potosí brillan con el esplendor de los diamantes y del oro; si las montañas de Escocia se elevan frias y estériles, no hay que perder de vista, que en el seno de las primeras fermentan la codicia y la ambicion, en tanto que la paz domina en los valles de las segundas constantemente iluminadas por un cielo puro y apacible.

En los siglos góticos, segun cuentan antiguas baladas, existia un pastor, cuyos antepasados habian tal vez habitado en un país amado de las musas, en las grutas de Sicilia, ó en los valles de Arcadia; mas él habia nacido en las regiones del Norte, en una nacion famosa por sus cantos y por la hermosura de sus doncellas, nacion altiva aunque modesta, inocente aunque libre, sufrida en el trabajo, firme en los peligros, inquebrantable en su fe, é invencible bajo las armas.

Ese pastor apacentaba su rebaño en las montañas de Escocia; nunca habia manejado la hoz, ni conducido el arado. Todo su tesoro era un corazon generoso. Bebia agua de la roca; la leche de las ovejas era su alimento, y sus sedosos vestidos lo abrigaban del rigor del invierno; seguian los errantes pasos de su ganado á donde quiera que se le antojase marchar.

Del trabajo nace la salud, y de la salud la paz, origen de toda la alegría. No envidiaba á los reyes, ni siquiera pensaba en ellos: no turbaban su imaginacion los deseos que burla la fortuna, que destruye el bienestar. Un padre virtuoso y una púdica madre, habian á las necesidades de su corazon: solo á ellos amaba y los amaba desde la infancia.

En ese pastor se cifraba toda la posteridad de aquella inocente pareja. Ningun oráculo lo habia anunciado al mundo, ningun prodigio habia brillado sobre su cuna. Fácilmente pueden adivinarse todas las circunstancias del nacimiento de Edwin, los arrebatos de alegría del padre, las oraciones de la madre por la felicidad, inteligencia y virtud del niño, y finalmente, todo un largo dia de verano consagrado al reposo y á la alegría por tan feliz circunstancia.

Edwin no era un niño vulgar. Con frecuencia sus miradas parecian sobrecargadas de graves pensamientos.

tos, desdenaba todos los juguetes de su edad, no siendo un pequeño caramillo groseramente hecho: era sensible, aunque adusto; y se mantenía silencioso en medio de la alegría, y se mostraba simultáneamente poseído de contento ó de tristeza, sin que nadie pudiera adivinar el motivo. Los vecinos temblaban y suspiraban al verlo, y sin embargo, lo bendecían;

á unos les parecia una inteligencia maravillosa, y á otros un insensato.

¿Mas para qué referir todos los juegos de su niñez? Nunca se mezclaba con la ruidosa turba de sus compañeros; gustábale sepultarse en los bosques ó andar errante por la cima solitaria de las montañas. Con frecuencia, las revueltas de algun arroyo desconoci-



EL SACERDOTE PROSCRIPTO.

do lo guiaba á bosques nunca pisados. Tan pronto descendía al fondo de precipicios en cuya cima se balanceaban pinos seculares, como trepaba á las cimas escarpadas desde donde el torrente se precipita saltando de roca en roca, y donde los ruidos de las aguas, de los vientos y de los bosques forman un inmenso concierto que el eco aumenta y lleva hasta las nubes.

Cuando el alba empieza á clarear el horizonte, Edwin, sentado en la cresta de una colina, contemplaba

á lo lejos la inmensidad azul, las nubes de púrpura, las patas montañas, el lago que brilla pálidamente entre las neblinas vaporosas, y el largo valle extendido hacia el Occidente, donde la luz batallaba todavía por disipar las sombras.

Alguna vez durante las nieblas del otoño, Edwin escalaba el pico de los montes. ¡Oh espantoso placer! De pie en la extremidad de una roca, como marinero salvado del naufragio en una playa desierta, se complacía en ver desarrollarse los vapores en forma de

olas inmensas, dilatarse por los horizontes, formando á manera de un golfo ó acomodándose al contorno de los montes. Desde el fondo del abismo que el joven dominaba, subían á su cido al través de la espesa bruma, la voz de la pastora y el balido de los rebaños.

Ese singular niño profesaba igual amor á las escenas agradables que á las terribles. Tanto le agradaban

las sombras y las tempestades, como el rayo de medio día cuando brilla sobre el Océano sereno. Esa inclinación á la tristeza le hacia compadecer las desgracias de los hombres. Al escaparse un suspiro de su corazón, ó al bañar una lágrima de compasión sus mejillas, de ningún modo trataba de retener un suspiro tan tierno, ni una lágrima tan dulce.



LA VUELTA DEL PROSCRIPTO.

«Bosques frondosos ¡qué se ha hecho vuestro ramaje? (Así es como la musa interpreta sus juveniles pensamientos). Valles, ¿qué se han hecho vuestras flores y vuestros aromas que tan deliciosas eran durante los abrasadores momentos del día? ¿Por qué las aves, cuya armonía era encanto de vuestro follaje, han abandonado vuestro retiro? El viento silba tristemente entre la yerba amarillenta, y lleva á lo lejos las hojas secas.

» ¡Así se pasa todo en este mundo! Así florece y se marchita el hombre magestuoso.

» Llevadas en las alas rápidas y silenciosas del tiempo, la vejez y el invierno no tardarán tampoco en marchitar las flores y los frutos de nuestros años.

» ¡Pues bien! ¡Llorad vuestros destinos, vosotros cuyas groseras esperanzas rastrean en esa oscura morada! Pero el alma sublime que extiende sus miradas mas allá de la tumba, sonríe á las miserias hu-

manas, y se admira de vuestras lágrimas. ¿No volverá la primera á reanimar esas pálidas escenas? ¿Ha encontrado el sol, eterno lecho en las olas del Occidente? No: antes de mucho brillarán nuevos resplandores en el Oriente; antes de mucho, la primavera devolverá el verdor y la armonía á los bosques.

«¡Permaneceré yo abandonado en el polvo cuando una providencia benéfica hará revivir las flores! ¿Cómo! ¡La voz de la naturaleza, injusta solo para el hombre, lo condenaría á perecer en tanto que le manda esperar! Lejos de mí semejantes ideas. También para mí llegará la inmortal primavera de los cielos; la varonil hermosa del hombre volverá nuevamente á florecer.»

Edwin había aprendido de su religioso padre esas sublimes verdades... Mas hé aquí que el novelesco niño sale del asilo en que se había puesto á cubierto de las tibias oleadas del Mediodía. La lluvia de la tempestad ha pasado ya: ahora el ambiente es fresco y perfumado. En el oscuro Oriente, desplegando un arco inmenso, brilla el iris á los últimos rayos del sol que toca en su ocaso. Jóven insensato, ¿crees poder tocar ese brillante meteoro? ¿Cuán inútil es la carrera á que te entregas con tanto ardor! ¡La brillante aparición se aleja á medida que la persigues! ¡Ah! ¡Sirvate de ejemplo para comprender cómo se disipa la juventud corriendo tras las quimeras de la vida! ¡Ese emblema de una esperanza frustrada sírvate de lección para moderar tus pasiones y consolar tus ilusiones perdidas! Mas ¿por qué ha de alarmar tu corazón un sombrío presentimiento? ¿Perezca esa vana sabiduría que sofoca los juveniles deseos! Corre, amable niño, corre en pos de tu brillante fantasma; entregate á las ilusiones, á la esperanza. ¡Ah! Demasiado rápidamente se desvanecerán por sí mismas.

Cuando la campana del anochecer hacía vibrar los aires cargados de los gemidos de la brisa solitaria, el jóven Edwin, caminando lentamente, penetraba en el fondo de los valles prestando atento oído á todos los vagos rumores; en su derredor se imaginaba ver pasar fúnebres comitivas, pálidas sombras, y fantasmagoras arrastrando largas cadenas y cubiertas de flotantes velos; esos rumores de la muerte se confundían por último con el lúgubre graznido del buho, ó con el murmullo del viento de la noche, que por intervalos agitaba las antiguas torres de una iglesia.

Si la luna rojiza se inclinaba al fin de su curso sobre el mar melancólico y sombrío, Edwin iba á buscar las orillas de aquellas fuentes desconocidas donde entre los brezos se reunían los hechiceros del tiempo pasado. Allí tal vez le sorprendía el sueño, y también le traía nuevas visiones. Por de pronto una brisa salvaje empezaba á silbar en su oído, y luego lámparas súbitamente inflamadas por una mágica llama resplandecían bajo la bóveda de la noche.

A veces en sueños veía elevarse ante él un castillo, cuyas paredes estaban profusamente decoradas de escudos de armas. Una trompeta sonaba en sus almenas; bajábase el puente levadizo, y de la gótica morada creía ver salir un grupo de gallardos guerreros ostentando verdes cimieras, escudos de oro y lanzas de diamante. La mirada de esos guerreros era afable, su modo de andar resuelto, y en medio de ellos marchaban venerables trovadores con sus mantos flotantes, y haciendo resonar el aire con el acento de instrumentos marciales.

Al ruido de los pasos y canciones de esos guerreros, veía Edwin en medio de sus sueños salir del fondo de un bosquecillo de mirtos gentil comparsa de hermosas damas. Los guerreros dejaban sus escudos y lanzas; los trovadores entonaban animadas canciones, y damas y caballeros se confundían en una alegre danza. Las amables parejas se mezclan, se aíslan, se evitan, se aproximan; nadie habría podido fijar el

contorno de aquel movable laberinto; en el bosque se refleja á lo lejos el resplandor de las antorchas, del oro y las pedrerías.

Mas el sueño se ha disipado... Edwin, al despertar con la aurora, fija sus encantados ojos en las escenas de la mañana; cada ondulacion del céfiro le trae mil deliciosos sonidos: oye el balido del rebaño; el ruido de la campanilla del cordero; el susurro de la abeja, y el canto del pastor que se confunde con el eco del continuo golpear de las olas del Océano contra la lejana costa.

El perro de la cabaña ladra al ver pasar el peregrino; la lechera con el cántaro en la cabeza, baja de la colina cantando; el labrador atraviesa el barbecho silbando; la carreta rechina al ir poco á poco subiéndolo por el sendero del monte; la liebre asustada salta súbitamente de entre las espigas; la perdiz tiende al aire sus ruidosas alas; la tórtola gime en su árbol solitario y la alondra gorgoja junto la región de las nubes.

«¡Oh naturaleza, que encantadora es tu hermosura! Concedes á tus amantes, placeres siempre nuevos. ¡Que no me sea dado tener la voz y el ardor de un serafín para celebrar su gloria con religioso amor!»

Sabios maestros de la lira, poetas, hijos de la naturaleza, amigos del hombre y de la verdad, yo os saludo. Mil veces os saludo. Oh vosotros, cuyos versos, llenos de sublime dulzura, encantaron mi infancia é instruyeron mi juventud...

¡Ah! el pobre Edwin, oculto en ignoradas mansiones, nunca llegó á conocer vuestro arte. Cuando las lluvias del invierno y las nieves apiñadas cerraban la puerta de la cabaña, solo entonces oía á los trovadores errantes celebrar las proezas de la caballería... ó repetir aquella interesante balada de los dos niños abandonados en el bosque. Al derramar lágrimas por tan patética narracion, Edwin admiraba los prodigios de la Musa. Cuando la tempestad cesaba de rugir, el jóven recorría el monotonó desierto de las nieves; contemplaba las nubes que flotaban en el horizonte como un gran navío en las olas del Océano. Entre esas decoraciones siempre cambiantes y siempre nuevas, creía distinguir rios, cavernas, gigantes, rocas hacinadas sobre rocas, y torres inclinadas sobre torres. Alguna vez, bajando á la playa el entusiasta solitario atravesaba los arenales experimentando una especie de placer mezclado de terror, al oír el mugido de las olas. También cuando durante el estío las nubes de la tempestad prolongan su tenebrosa columna hasta la cima de las colinas, Edwin se apresuraba á dejar la morada del hombre, sepultándose en la negra soledad para gozar el primer fulgor del relámpago y el primer estampido del trueno bajo la sonora bóveda de los cielos.

Cuando los jóvenes de la aldea se reunían para bailar al son de un rústico instrumento, Edwin sentado aparte se complacía en soñar entre el rumor de la música. ¡Ah! ¡qué vanas y tumultuosas parecían á su alma aquellas estrepitosas diversiones! Celestial melancolía, ¿qué son, comparados contigo, los profanos placeres del vulgo?

«¿Habrá un corazón á quien la música no interese? ¡Ah! ¡qué feroz, qué insensible debe ser ese corazón! ¿Habrá un corazón que nunca haya sentido esos misteriosos transportes, hijos de la soledad y de los ensueños? Nunca semejante corazón se dirija á las Musas; las Musas rechazarán sus votos...»

No fue así Edwin. El canto fue su primer amor: con frecuencia el harpa de la montaña suspiró bajo su mano emprendedora, y la melancólica flauta gimió aplicada á sus labios. Su Musa, todavía jóven, ignoraba el arte del poeta, fruto del trabajo y del tiempo. Edwin llegó, sin embargo, á conseguir era rara perfeccion, como mis versos lo dirán algun día.

Por este último verso se ve que Beattie se proponía

continuar su poema. En efecto, existe un segundo canto escrito algun tiempo despues, y muy inferior al primero. Edwin vagando por el desierto, oyó un día una grave voz que se elevaba del fondo de un valle; era la voz de un anciano solitario, que despues de haber conocido las ilusiones del mundo, se habia sepultado en aquel retiro para concentrar su espíritu y cantar las maravillas del Creador. Ese ermitaño instruyó al jóven y le reveló el secreto de su propio genio. Echase de ver cuán bien imaginada estaba semejante idea; pero la ejecucion no correspondió al primer designio del autor. Aquel anciano habla demasiado y hace reflexiones sobradamente vulgares acerca de las grandezas y las miserias de la vida. Sin embargo, aun se encuentran en este segundo canto algunos pasages

que recuerdan el atractivo del primero. Las últimas estrofas están consagradas al recuerdo de un amigo que el poeta acaba de perder. Parece que Beattie estaba condenado á derramar frecuentes lágrimas. La muerte de su hijo único lo afectó profundamente, y le hizo separarse completamente del culto de las Musas. Siguió viviendo en las rocas de Morven; pero esas rocas no inspiraban ya sus cantares. Semejante á Ossiam cuando perdió su Oscar, colgó Beattie su harpa de las ramas de una encina. Dicese que su hijo anunciaba gran talento para la poesia: tal vez seria el mismo que un padre sensible pintó en su poema con el nombre de Edwin, y cuyos pasos, segun sus propias expresiones, no se veían ya en la cumbre de la montaña (1).

LAS LETRAS Y LOS LITERATOS.

CONTESTACION

A UN ARTICULO INSERTADO EN LA GACETA DE FRANCIA DEL 27 DE ABRIL DE 1806.

Mayo 1806.

La *Defensa del Genio del Cristianismo* es hasta ahora la única contestacion que he dado á todas las criticas con que se han dignado honrarme. He tenido la dicha ó la desgracia de encontrar con bastante frecuencia mi nombre en obras polémicas, en folletos y en sátiras. Cuando la critica es justa, la aprovecho para enmendarme; cuando es epigramática, me rio, y si es grosera la desprecio. Un nuevo enemigo acaba de presentarse en la palestra: es un caballero bearnés. Cosa singular, ese caballero me acusa de preocupaciones góticas, y de despreciar las letras. Conieso que no puedo oír con sangre fria hablar de asuntos caballerescos: en tratándose de torneos, desafios, castillos y pasos de armas, me lanzaría gustosamente como el señor don Quijote al campo á desfacar agravios. Acepto por consiguiente el reto de mi adversario, si bien la circunstancia de no haber manifestado su nombre, ni haber levantado su visera al entrar en la liza podria dispensarme de romper lanzas con él. Sin embargo, en atencion á que ha guardado religiosamente las demás leyes del torneo, procurando dar en la cabeza y en el corazón, lo admito como leal caballero y recojo el guante.

¿Cuál es el motivo de nuestro reto? ¿Vamos á batiarnos, como se usa ya entre los valientes sin saber por qué? Quiero sostener que la *dama* de mi corazón es incomparablemente mas hermosa que la de mi contrario; y si por casualidad es la misma? Tal es, en efecto, nuestra aventura. Mi opinion, ó mas bien dicho mi amor, es el mismo que el del caballero bearnés; y como él declaro también traidor á cualquiera que se atreva á faltar al respeto á las Musas.

Cambemos de lenguaje y vengamos al hecho. Me atrevo á decir que el crítico que me ataca con tan buen gusto, con tanta discrecion y urbanidad, aunque tal vez con algo de prevencion, no ha comprendido bien su pensamiento.

«Será tan grande mi culpa en no querer que los re-

(1) El poeta Beattie sobrevivió poco tiempo á la pérdida de su hijo; anduvo arrastrando su dolor por las montañas de Escocia y murió el 18 de agosto de 1805 á los 68 años. Además de ese poema, publicó otras poesias muy notables por el sentimiento melancólico que en ellas domina.

yes se cuiden de las intrigas del Parnaso? Un rey indudablemente debe amar la literatura, cultivarla en cierto modo, y protegerla en sus Estados; pero ¿será bueno que un monarca dé, como un hombre comun la medida de su capacidad y reclame la indulgencia de sus súbditos en un prólogo? Paréceme que los dioses no deben aparecer tan evidentemente á la vista de los hombres: Homero estableció una barrera de nubes en las puertas del Olimpo.

Por lo tocante á esa otra frase, *un autor debe ser tomado en las filas ordinarias de la sociedad*, pido perdon á mi censor, pero no implica esa frase el sentido que pretende darle. En el sitio en que está colocada se refiere á los reyes y solamente á los reyes. No puedo cometer el absurdo de querer que las letras sean precisamente relegadas á la parte no *letrada* de la sociedad, siendo, como son, patrimonio de todo el que piensa, y no pudiendo pertenecer á una clase de hombres en particular, ni ser una atribucion de clases, sino una distincion de la inteligencia. Sé muy bien que Montaigne, Malherbe, Descartes, La Rochefoucauld, Fenelon, Bossuet, La Bruyere, el mismo Boileau, Montesquieu y Buffon, pertenecieron mas ó menos al antiguo cuerpo de la nobleza por la toga, ó por la espada; sé muy bien que un bello ingenio no puede deshonrar á un nombre ilustre; mas puesto que mi crítico me fuerza á decirlo, añadiré que creo que hay mucho menos peligro en que las Musas se cultiven en un estado oscuro, mas bien que en una condicion brillante. El hombre sobre quien nadie fija las miradas aventura muy poco en el caso de un naufragio. Si no consigue éxito en las letras, su manía de escribir no le habrá privado de ninguna ventaja real, y su rango de autor olvidado nada añadirá al olvido natural que se promete en cualquier otra carrera.

No puede decirse otro tanto respecto del hombre que ocupa un puesto distinguido en la sociedad por su riqueza, dignidades, ó por el recuerdo de ilustres antepasados. Preciso es que semejante hombre mida bien mis fuerzas antes de lanzarse á la arena donde se dan mortales caídas. Un momento de vanidad pudiera muy bien arebatarle la felicidad de toda la vida. Cuando hay mucho que perder, no se debe escribir mas que violentado, si así puede decirse, por la fuerza del ingenio, y dominado por la presencia del número: *fera corda domans*. Un gran talento es una